

SAN PUBLIO, ABAD, Y SUS SUCESORES

Nació san Publio en Zeugma ¹, ciudad de Siria situada sobre el Eúfrates, á la que, según Teodoro, dió Jérjes este nombre que significa reunión, porque, queriendo hacer la guerra, reunió allí un gran número de bajeles, para que su ejército atravesase el rio. Pertenece este santo á una familia de senadores, y además de cuantiosos bienes de fortuna, estaba dotado de excelentes cualidades de cuerpo y de alma. Podía, por consiguiente, figurar y distinguirse en el mundo; pero más dispuesto á buscar la gloria del cielo que la de la tierra, tan luego como murió su padre, siguió á la letra los consejos del Evangelio: vendió los bienes que había heredado: los distribuyó á los pobres, y se retiró á una pequeña celda que edificó en una montaña, á legua y media de la ciudad.

Allí fué en donde, libre de todos los cuidados de la tierra, se aplicó enteramente á hacerse agradable al Señor, y á aumentar de dia en dia las austeridades de su vida. Se dedicó principalmente á llenar tan bien cada momento de ella, que no dejaba pasar uno solo sin merecer algo ante la presencia de Dios con los trabajos de la penitencia. Una parte del dia la consagró á la oración y al canto de los salmos, otra á la lectura de los Libros sagrados, y el resto á ejercer la hospitalidad ú otras obras meritorias.

El olor de su santidad atrajo á su lado á muchas personas deseosas de aprovecharse de sus santas instrucciones y ejemplos. Así es que en el territorio de Zeugma dirigió

¹ Hoy Proum-Kaleh.

una escuela de virtudes religiosas, de la que salieron muy excelentes discípulos.

Los primeros que tuvo hablaban la lengua griega, pues, según hace notar un sabio autor, desde Alejandro Magno se hallaba la Siria poblada de sus antiguos habitantes, llamados Sirios, y de griegos que se quedaron en ella, y que constituían la mayor parte de los habitantes de las ciudades; mientras que los sirios habitaban las aldeas y campiñas. Muy pronto los que hablaban la lengua siria quisieron también participar con los otros de la dicha de vivir bajo la dirección del Santo. Hizo que sus primeros discípulos habitasen en celdas distintas, pero no muy separadas unas de otras; los visitaba frecuentemente dia y noche, tanto para animarles á la virtud, como para cerciorarse de que cumplieran exactamente sus deberes religiosos. Si veía que por la noche se entregaban á la oración en el tiempo prescrito por la regla que les había dado, pasaba sin distraerlos de su ejercicio; pero si descubría que alguno se dejaba llevar del sueño, le reprendía por cuidar de su cuerpo más que de su alma.

No permitía nada superfluo en sus celdas: les recomendaba también la frugalidad: llevaba una balanza para pesarles el pan, y quería que también tomasen el agua con medida, recomendándoles que nunca se saciasen, y que no comiesen más que lo necesario para la conservación de la vida. Si alguno se excedía de la cantidad que le tenía prescrita, le reprendía severamente, y le trataba como á un glotón y sibarita. Les prohibía el uso del vinagre y de las uvas, y por consiguiente, el del vino. No comían leche ni queso, y el aceite sólo lo usaban tiempo de Pascua.

Considerando algunos de sus discípulos que le era muy trabajoso vigilarlos en celdas separadas, le propusieron construir un edificio en que pudiesen vivir reunidos: pues

además de que esto debía aliviarse mucho, le sería más fácil asegurarse de su fidelidad en practicar la observancia que les había prescrito. Como no se aferraba nunca á su propio juicio, aprobó este consejo, y se procedió á su ejecución. Cuando todos los religiosos estuvieron alojados en él, los exhortó á servirse mutuamente de su ejemplo, procurando cada uno imitar la virtud más saliente que observase en cada uno de los otros hermanos: « Pues copiando, decía, unos de otros las virtudes que nos faltan, llegaremos con más facilidad á la perfección. Debe ser esta morada común como un mercado en que uno vende pan, otro legumbres, otro calzado, y cada uno compra á los demás lo que necesita para satisfacer sus necesidades. Haced lo mismo en orden á las virtudes, comunicándolas unos á otros con los ejemplos que reciprocamente os deis. »

Este primer edificio fué ocupado sólomente por los que hablaban la lengua griega, é hizo otro para los que hablaban la siriaca, levantando al mismo tiempo una iglesia que servía para unos y otros, y en la cual se reunían por mañana y tarde. Cantaban alternativamente las alabanzas divinas en sus respectivas lenguas, diciendo, según Teodoro, cada uno un versículo, es decir, los unos repetían en siriaco lo que los otros habían dicho en griego, y añade este historiador, que este orden continuaba todavía en su tiempo.

Nada más dice acerca de la vida de este Santo; pero en la *Colección de las vidas de los Padres* se encuentra un hecho singular realizado por él. Cuando en 363 hacía Juliano el Apóstata la guerra en Persia, envió por artes mágicas un demonio para que le refriese lo más pronto posible lo que pasaba; pero este espíritu maligno fué detenido durante algunos días en el camino por las palabras de Publio, sin que pudiese avanzar ni retroceder. Quejándose Juliano de su tardanza, le manifestó la causa, é

indignado este príncipe apóstata, protestó que se veneraría del Santo; pero Dios lo impidió enviándole la muerte. Añádese que uno de los generales de Juliano, apenas vuelto de su expedición, que fué tan funesta, dió todos sus bienes á los pobres, y dirigiéndose á san Publio, se hizo su discípulo, llegando á una gran perfección, y muriendo en la paz del Señor.

San Publio debió morir hacia el año 380, según la cronología de Tillemont. Los griegos celebran su fiesta el 25 de enero, Teocteno y Aftono le sucedieron en la dirección de ambos monasterios, encargándose el primero de aquel en que se hablaba la lengua griega; pero vivió muy poco tiempo. El segundo gobernó el de los sirios durante más de cuarenta años. Ambos fueron imágenes vivas de las perfecciones de san Publio, y conservaron tan exactamente el espíritu en estas dos casas, que apenas se notó la muerte de Santo.

Teodoreto dice de Teocteno, que, después de practicar en la juventud todas las virtudes, murió en la misma reputación de santidad que su predecesor. Le sucedió en la dirección de los griegos, hacia el año 390, Teodoreto, natural de Armenia, que había sido educado por él en las reglas de la obediencia religiosa, y que gobernó con tanta piedad, que casi oscureció la gloria de los que le habían precedido. El amor de Dios había abrazado de tal manera su corazón, que noche y día derramaba constantemente lágrimas, y cuando oraba, lo hacía con tanto fervor, que todos los presentes guardaban silencio para escuchar las palabras de fuego, que más bien que de su boca, salían de su corazón; de modo que la atención con que le veían orar servía para animarlos á la piedad, tanto como si ellos mismos orasen. De esta manera fué creciendo de día en día en perfección y mérito ante Dios, y después de haber dirigido durante veinticinco años este rebaño, entró,

según el lenguaje de las sagradas Escrituras, en el camino de sus padres, siendo de edad avanzada, hacia el año 415. Su sobrino, llamado también Teocteno, ocupó su lugar en la dirección de los griegos. Había llegado á ser su hermano según el espíritu, y había practicado desde la juventud toda clase de buenas obras. No degeneró de su piedad ni de su prudencia en el gobierno, y murió con la misma reputación de santidad.

Le sucedió Gregorio, que vivía en tiempo de Teodoreto en 440, quién dice de él que era sumamente anciano, y que no se ejercitaba ménos en la abstinencia y en los demás trabajos de vida religiosa, que si hubiese estado en todo el vigor de su vida.

Aftono, que, como hemos dicho, gobernó el monasterio de los sirios durante cuarenta años, según el espíritu y las reglas de san Publio, fue más tarde elevado el episcopado. No indica Teodoreto la silla que ocupó, pero es de creer que fuese la de Teugma, pues no por ello dejó la dirección de sus religiosos, sino que venía con mucha frecuencia al monasterio, lo que demuestra que estaba muy próximo su episcopado. Su nueva dignidad no le hizo cambiar su hábito ni su género de vida. Pasaba la mayor parte del tiempo con sus religiosos, componiendo sus pequeñas diferencias, consolándolos en sus tribulaciones, animándolos en sus penas, y dirigiéndoles saludables exhortaciones. Pero más que todo esto es de admirar, que, no obstante ser su obispo y superior, se rebajaba á las más viles funciones, cocia sus hábitos, expurgaba las lentejas, y se ejercitaba en otros actos de humildad. Sabemos por las cartas de san Juan Crisostomo, que los religiosos de los monasterios de san Publio le profesaban un cariño muy tierno. Había visto su comunidad durante la visita que hizo á los santos Lugares y á diversos solitarios de la Palestina y de la Siria, que debió tener lugar en los primeros años de su retiro á la in-

mediaciones de Antioquía. Conservó á estos religiosos la estimación de que eran acreedores por su piedad, y á que ellos correspondieron con el respetuoso afecto que unía á los santos monjes con sus obispos.

Poseemos una carta de este santo Doctor dirigida á Aftono, Teodoto, Quéreas y á todos los religiosos en general. La escribió durante su destierro en Cucusus, y en ella les manifiesta con la ternura que él sabe expresar, cuanto consuelo le produciría el verles; pero no siendo posible, tanto por la considerable distancia que los separaba, como por el rigor de la estación, y principalmente por las correrías de los Isaurios, les suplicaba que le compensasen esta privación con sus oraciones. « Esto me indemnizará en cierto modo, dice, del consuelo que tendría en veros. Me contento por el pronto, con que postrados en la presencia de Dios, le pidais con fervor y con lágrimas que tenga compasión de su siervo. Estando retirados del siglo, os veis libres de sus vanos cuidados; estais á cubierto del diluvio de males que inundan el mundo: en el puerto tranquilo de la soledad no experimentais las borrascas de este agitado oceano, y en ella, pasando las noches y los dias en santas vigiliass, es muy justo que hagais partícipes de vuestras oraciones á los que tenemos que estar en los cuidados de la tierra. Aunque esté léjos, puedo sentir los efectos de vuestras oraciones; porque ni la distancia de los lugares, ni la diversidad de tiempos pueden ser un obstáculo para ello. Ayudadme, pues, y dadme, por decirlo así, la mano con vuestras oraciones: con ello hareis una gran obra de caridad. Y para que mi consuelo sea mayor, decidme en que situación os hallais, y si, gozais de salud: de esta manera os tendré ante mis ojos á pesar de la distancia que nos separa. En efecto, la fuerza de la caridad es tan grande, que graba en el espíritu la imagen de aquellos á quienes se ama, y de este modo, aún cuando estuviese yo en

un destierro mucho más duro que el que experimento, no dejaré de recibir mucho consuelo.»

Teodoto y Quéreas respondieron al Santo, manifestándole, que hubiesen ido á verle, si las incursiones de los Isaurios no se lo hubiesen impedido. A esta carta respondió el Santo con otra en que no se demuestra ménos afectuoso que en la primera. En la dirección de esta segunda carta hace mención del monje Nicolás, y les dice. « No me digais que las correrías de los Isaurios os impiden venir á verme ; yo os veo aquí presentes y sostengo con vosotros mis conversaciones ; pues la caridad cristiana tiene alas que franquean todos los obstáculos, y se traslada á toda partes en un momento, y con una facilidad admirable. Es verdad que estoy privado de veros con los ojos del cuerpo ; pero os ruego que no me priveis del consuelo de vuestras oraciones, y que las ofrezcáis al Señor, á fin de que yo tenga un dia el gozo de veros. No dudeis que pienso con mucho frecuencia en vosotros, y que deseo ardientemente que llegue el momento de veros. Espero que, si lo pedis al Señor con instancia, quitará todos los obstáculos, pues con una sola palabra hace cesar las tempestades, y que sobrevenga la calma. Como sé que os interesais en todo lo que á mí se refiere, debo deciros para vuestra satisfacción, que al presente gozo de tranquilidad, y que me encuentro más aliviado, por más que los calores del verano no me sean ménos contrarios que los rigores del frio, y que me hallo escaso de las cosas más necesarias para la vida, así como de remedios para la enfermedad, sin hablar de las alarmas que incesantemente nos causan los isaurios, lo cual no es propio para recobrar enteramente la salud. Pero en fin, me siento ya bién de la grave enfermedad que he padecido, y gozo de mediana salud ».

« Dadme noticias de vuestro estado, y escribidme con frecuencia ; pues vuestra caridad para conmigo dulcifica

mis penas, y consuela en extremo mi corazón. Cuantas veces reflexiono sobre el afecto que me profesais, y lo repaso en mi espíritu, lo cual ocurre muy frecuentemente, me encuentro como aquel, que habiendo sufrido violenta tempestad, tiene la dicha de llegar á puerto tranquilo y seguro ».

Casi lo mismo dice en otra carta dirigida á Aftono, Teodoto y Quéreas, en la cual les expone todo lo que tiene que sufrir por la incomodidad del lugar y por las alarmas producidas por las incursiones de los Isaurios : de modo que todos los dias se encuentra amenazado de muerte, cual los que á ella están condenados, á lo que se une su mala salud ; pero que, despues de la confianza que tiene puesta en Dios, no hay cosa que le consuele tanto como el afecto que le profesan, y el tener noticias de ellos.

Aftono, Teodoto y Quéreas eran sacerdotes, como aparece del título de las cartas que acabamos de citar. Es de creer que Quéreas fuese uno de los principales del monasterio de san Publio, pues este santo Doctor lo une á Aftono y Teodoto, que eran superiores. Tampoco puede dudarse que Nicolás, á quién escribe la carta 146, al mismo tiempo que á Teodoto y Quéreas, fué también sacerdote como estos, pues en esta carta se le atribuye este carácter.

San Juan Crisóstomo escribió una carta particular á Nicolás, que es la 53, en la cual no le llama monje, sino solamente sacerdote. Le habla el Santo de la misión á Fenicia, á donde, hallándose aún en Constantinopla, habia enviado obreros evangélicos para que exterminasen la idolatría. Como preveía que las maniobras de sus enemigos habian de arrojarle de su silla, y temía que su deposición cediese en perjuicio de esta grande empresa, no quiso retirar á los misioneros, sino que escribió una carta á un sacerdote llama Constancio, para que los animase. Nicolás le ayudó mucho á sostener esta misión, aunque se hallaba

muy léjos de Fenicia. Envió monjes á ella, á los que animaba mucho con sus cartas; pues esta obra del celo del Santo era embarazada solapadamente por muchos, tan enemigos suyos como de la gloria de Dios. Con este motivo escribió otras cartas á Nicolás, que demuestran el ardor con que este fervoroso solitario secundaba la excelente obra del Santo.

« Me habeis colmado de consuelo y de fortaleza, le dice en la epistola 53, al saber que tomáis un singular empeño en animar con vuestras cartas á los obreros que trabajan en la conversión de los idólatras de Fenicia, y que, á pesar de la distancia, que de ellos os separa, os interesais en el buén éxito de su misión. « En lo cual manifestais un celo verdaderamente apostólico, y admiro el que, despues de haber enviado monjes para trabajar en ella, los animais con vuestras cartas á superar las dificultades que encuentran y á perseverar en sus trabajos evangélicos, llenando así la doble función de piloto y de médico. Pues á la manera que el buén piloto atiende al timón cuando las aguas del mar están muy agitadas, y que el médico observa con más cuidado la enfermedad cuando aumenta la fiebre: así vos, varón respetable, atendeis con más solicitud á esta misión, cuando veis que encuentra más obstáculos, y cuando más se necesita animar á los que la llevan á cabo.

Le ruega despues que vea la manera de que dos santos sacerdotes, llamados Geroncio y Juan, vayan á unirse á los monjes encargados de ella, y demuestra cuán grande es el precio de las almas, y cuan meritoria es la obra de sacarlas del error y llevarlas á camino de salvación, á pesar de todos los obstáculos que ordinariamente suscita el infierno á semejantes empresas.

Hémos expuesto algunos trozos de estas cartas para demostrar de una parte que san Juan Crisóstomo tenia en grande estima la virtud de estos religiosos, y hacer ver,

por otra, el ardiente deseo de estos por secundar su solicitud por la conversión de los idólatras. De donde se deduce, que, por muy amantes que fuesen de su soledad, se prestaban con laudable celo á la propagación del Evangelio, cuando la ocasión se presentaba.

SAN SALAMAN, SACERDOTE Y HESICASTA EN SIRIA ¹

San Salamán fué del número de aquellos solitarios que los griegos llaman *hesicastas* ó amantes del reposo, porque vivían en un absoluto retiro, en un profundo silencio y entregados enteramente á la contemplación. Nació en una aldea llamada Capersán, situada en la orilla occidental del Eufrates; pero renunció al mundo y se retiró á la otra parte del rio, en donde se ocultó en una celda, cerrando la puerta y la ventana para no ver á nadie. No salia de ella más que para cultivar un huertecito, de cuyo producto comia, y no hablaba á nadie, quién quiera que fuese.

Conociendo el obispo de la diócesis la santidad de su vida, quiso elevarle al sacerdocio, y para ello, mandó abrir su celda, le hizo la imposición de manos, y le dirigió una instrucción acerca del carácter sagrado que acababa de recibir. Salamán se dejó ordenar sin oponer resistencia, y escuchó con grande respeto todo lo que le dijo el prelado, pero sin proferir una sola palabra. El obispo hizo cerrar de

¹ Teodoreto, San Nilo, Vita PP. san Juan Crisóstomo, Juan Mosch, Tillemont, Baronio, los Balandistas y Bulteau.